

“Ningún interés” tiene “una vacuna generalizada para una enfermedad cuya mortalidad ronda el 0,05%” afirma el profesor Perronne.



Reproducimos aquí la integridad de la carta publicada por el profesor Christian Perronne en su cuenta de Facebook el 30 de noviembre. Evoca en ella el progreso de la epidemia, las medidas sanitarias, la mascarilla obligatoria y el interés de las vacunas venideras.

"Queridos amigos,

Francia, que vive una pesadilla desde hace meses, se está despertando. En muchas ciudades de nuestro hermoso país, la gente está manifestándose para recuperar su libertad, para exigir el regreso de la democracia. Como médico, especialista en enfermedades infecciosas y habiendo sido presidente de muchos organismos o consejos de salud pública, incluso también sobre vacunas, evaluo cada día las incertidumbres que generan miedo y el desconcierto creciente de nuestros conciudadanos. Corro el riesgo de que me vuelvan a llamar "conspirador" o, mejor aún, "tranquilizador", términos que designan a quienes critican o desafían el pensamiento único. Acabo enorgullecíendome de estos adjetivos, no habiendo cambiado mis palabras de verdad nunca desde el comienzo de la epidemia. Así pues, considero que es mi responsabilidad volver a expresarme hoy sobre todo el aspecto médico del Covid-19 y en particular sobre el tema de las vacunas, ahora el elemento central y casi único de la política sanitaria estatal.

Muchos franceses se han sentido hipnotizados por la política del miedo. Desde septiembre de 2020, se nos ha informado de una terrible segunda ola de la epidemia, peor que la primera. El Ministro de Salud, Dr. Olivier Véran, el Presidente del Consejo Científico del Elíseo, Prof. Jean François Delfraissy, el Director General de Salud, Prof. Jérôme Salomon, el Instituto Pasteur nos anunciaron cifras catastróficas con un aumento exponencial del número de muertos. Los hospitales debían estar saturados y desbordados. Incluso el presidente de la República, durante un reciente discurso televisado en el que anunciaba el reconfiamento, predijo nada menos que 400.000 muertos, que se suman a los 200.000 estimados poco antes por el profesor Arnaud Fontanet de Pasteur. Estos números poco realistas tenían un solo propósito,

alimentar el miedo para mantenernos confinados, prudentemente enmascarados. Sin embargo, el uso generalizado de mascarillas en la población general no ha demostrado científicamente interés a la hora de detener la epidemia de SARS-CoV-2. El uso de mascarillas debería estar restringido a los pacientes, su entorno (especialmente aquellos en riesgo) y a los cuidadores en contacto.

Ahora bien, la epidemia está en retroceso y no ha desencadenado ningún apocalipsis. La dinámica de la curva mostraba durante semanas el perfil de un repunte epidémico estacional que se observa con algunos virus, una vez finalizada la ola epidémica. Esto atestigua la adaptación del virus a los humanos y también es un reflejo de la inmunidad colectiva que está creciendo en la población y que nos protege naturalmente. Las cepas de virus que circulan actualmente han perdido su virulencia. Las autoridades no podrán decir que fue gracias al confinamiento, ya que la tendencia a la baja había comenzado incluso antes de que se implementara. La regresión de la epidemia había ya empezado en algunas ciudades antes de que se introdujera el toque de queda.

Desgraciadamente, todavía hay muertes que ocurren en personas muy ancianas, muy obesas o que padecen diabetes severa, hipertensión arterial grave, enfermedades cardiorrespiratorias o renales de por sí paralizantes. Estas personas en riesgo están perfectamente identificadas. Por lo tanto, las medidas sanitarias deberían tener como objetivo protegerlas, detectarlas y tratarlas lo antes posible desde la aparición de los primeros síntomas con hidroxiclороquina y azitromicina, cuya eficacia y seguridad están ampliamente confirmadas, si se administra el tratamiento precozmente.

Se podrían haber evitado muchas muertes. Sin embargo, se disuadió a los médicos generales y geriatras de tratar. En este contexto, seguir persiguiendo a nuestros niños detrás de mascarillas innecesarias sigue siendo incomprensible.

Todas estas medidas están hechas para que los franceses exijan una vacuna. Ahora bien, ¿cuál es el beneficio de una vacuna generalizada para una enfermedad cuya mortalidad se acerca al 0.05%? Ninguno. Esta vacunación masiva es innecesaria. Además, los riesgos de la vacuna pueden ser más graves que los beneficios.

Lo más preocupante es que muchos países, entre ellos Francia, afirman estar listos para vacunar en las próximas semanas, cuando el desarrollo y evaluación de estos productos se ha hecho a toda prisa y ningún resultado de la eficacia o peligrosidad de estas vacunas se ha publicado hasta la fecha. Solo hemos tenido derecho a los comunicados de prensa de los fabricantes industriales, que han favorecido que sus acciones se disparen en la Bolsa.

Lo peor es que las primeras "vacunas" que se nos ofrecen no son vacunas, sino productos de terapia génica. Nos van a inyectar ácidos nucleicos que harán que nuestras propias células fabriquen elementos del virus. No conocemos en absoluto las consecuencias de esta inyección, ya que es la primera vez en humanos. ¿Qué pasaría si las células de algunos "vacunados" produjeran demasiados compuestos virales, provocando reacciones incontrolables en nuestros cuerpos? Las primeras terapias génicas serán con ARN, pero hay proyectos con ADN. Normalmente, en nuestras células, el mensaje se envía del ADN al ARN, pero lo contrario es posible en determinadas circunstancias, especialmente porque nuestras células humanas contienen desde los albores de los tiempos los llamados retrovirus "endógenos" integrados en el ADN de nuestros cromosomas. Estos retrovirus "domesticados" que habitan en nosotros suelen ser inofensivos (a diferencia del VIH, retrovirus del SIDA, por ejemplo), pero pueden producir una enzima, la transcriptasa inversa, capaz de transcribir hacia atrás, de ARN a ADN. Entonces, un ARN extraño a nuestro cuerpo y administrado por inyección podría codificar el ADN, también extraño, que luego puede integrarse en nuestros cromosomas.

Así pues, existe un riesgo real de transformar nuestros genes de forma permanente. También existe la posibilidad, modificando los ácidos nucleicos de nuestros óvulos o espermatozoides, de transmitir estas modificaciones genéticas a nuestros hijos. Las personas que promueven estas terapias génicas, falsamente llamadas "vacunas", son aprendices de brujo y toman a los franceses y, en general, a los ciudadanos del mundo, por conejillos de indias. No queremos convertirnos, como los tomates o el maíz transgénicos, en OGM (Organismos Genéticamente Modificados). Un funcionario médico de una de los laboratorios farmacéuticos dijo hace unos días que esperaba un efecto de protección personal, pero que no se debía esperar demasiado un impacto en la transmisión del virus, es decir, en la dinámica de la epidemia. Esto es un reconocimiento encubierto de que esto no es una vacuna. Es el colmo de los colmos.

Estoy aún más horrorizado porque siempre he estado a favor de las vacunas y he presidido órganos de políticas de inmunización durante años. Hoy, debemos decir que hay que detener este plan en extremo inquietante. Louis Pasteur debe estar revolviéndose en su tumba.

Hay que recuperar la ciencia, la ética médica y sobre todo el sentido común.

Christian PERRONNE

Jefe del servicio de Enfermedades infecciosas y tropicales del Hospital de Garches (92) – FRANCIA”